

EDITORIALES

Inestabilidad
en el PSOE

El escrutinio político no se limita a Pedro Sánchez, sino que se extiende a todos los socialistas comenzando por sus dirigentes

El secretario general del PSOE, Pedro Sánchez, ha cubierto sus primeros seis meses al frente del partido sometido a examen diario. Su designación mediante primarias y su posterior elección en el 39º Congreso concedieron a Sánchez una legitimidad superior a la de sus antecesores en el cargo. Sin embargo la inquietud que el nuevo tiempo político genera en las filas socialistas –por el desafío directo que representa Podemos– evoca las prevenciones que suscitó Sánchez durante la campaña por la secretaría general y el hecho determinante de que Susana Díaz rehusase competir entonces por el liderazgo del PSOE. Que la elección del secretario general tuviera lugar mediante primarias un año antes de que los socialistas deban nominar, también por primarias, a su candidato a la presidencia de Gobierno en las próximas generales completa el diabólico cuadro en que se encuentra encerrado el secretario general socialista. Cuadro que acaba siendo fatal cada día que Susana Díaz cavila sobre convocar o no autonómicas en Andalucía. Pedro Sánchez mereció el favor de las bases socialistas frente a Eduardo Madina y Antonio Pérez Tapias, pero parece que no se ganó la confianza de un partido que había experimentado un declive electoral imparable entre las autonómicas, locales y generales de 2011 y que este año se enfrenta a la eventualidad de reproducir aquella secuencia en una sucesión de convocatorias que podría modificar el panorama político. El liderazgo de Pedro Sánchez es víctima de las dudas y del profundo escepticismo que afecta a los socialistas a la hora de imaginar de qué modo sortear el reto que, al final de un período de decaimiento, les depara la confrontación con Podemos. Pero también se ve perjudicado por las especulaciones que la aparente indecisión de Susana Díaz alienta respecto a una hipotética liza entre ambos de cara a la candidatura socialista para las generales. Esa contienda se anuncia desigual a favor de la presidenta andaluza si afianza su posición mediante un adelanto de las autonómicas. En estos seis meses como secretario general del PSOE, Pedro Sánchez ha tratado de atinar en la revisión de la herencia recibida, mostrándose inicialmente ansioso por la tarea. Hoy el escrutinio político no se limita a su gestión, sino que interpela a todos los socialistas, comenzando por todos sus dirigentes.

Rápida normalización

Con toda probabilidad hoy se decidirá en La Habana la reapertura de la embajada de EE UU en Cuba, tras 55 años de total desencuentro. Una delegación norteamericana negocia en la isla las modalidades prácticas de lo que se da por segura normalización oficial. Los gestos de las dos partes tras el espectacular anuncio del cambio hace poco más de un mes traducen una voluntad política común que, además, cuenta con un completo respaldo internacional. Solo, y legítimamente, una parte de la nutrida colonia cubana en EE UU y un grupo de legisladores norteamericanos, en su mayoría republicanos, son hostiles al movimiento. Pero nada lo parará, porque ni hay una mayoría cualificada para conseguirlo ni mantener tal actitud se considera útil a estas alturas. Está asumido, guste más o menos, que el régimen castrista no será derribado por la presión norteamericana y, lo que es más importante, que el reencuentro ayudará más que dificultará la eventual democratización en la isla. Presentado por ambas partes como el triunfo del sentido común, lo razonable ahora es que sirva a los dos países desde su genuina condición: el fin de una anomalía.

EL CORREO

DESDE 1910 EL CORREO ESPAÑOL - EL PUEBLO VASCO

Director Juan Carlos Martínez

Director adjunto

Francisco Beltrán

Subdirectores:

Pedro Ontoso, Alberto Ayala,

Manuel Arroyo (elcorreo.com)

Adjuntos a la Dirección

César Coca, Óscar Villasante

(CULTURAS Y SOCIEDAD),

Pedro Briongos (OPINIÓN)

Redes sociales

Mikel Iturralde

Jefes de Área

Javier Trigueros

(CIUDADANOS),

Óscar Alonso (ACTUALIDAD)

José Vicente Merino

(ECONOMÍA),

Ángel Pereda (DEPORTES),

Alberto Tellitu (VIVIR)

Secciones

Sergio García y José Luis

Ondovilla (CIUDADANOS),

Miguel Pérez (POLÍTICA), Javier

Reino (OPINIÓN), Encarni Bao

(MUNDO), Manu Álvarez

(CORRESPONSAL ECONÓMICO),

Iván Orio (DEPORTES), Pascual

Perea (CULTURAS Y SOCIEDAD),

Juan Ángel Marugán

(CONTINUIDAD),

Lourdes Aedo (GPS)

Departamento de Arte

Diego Zúñiga

(REDACTOR JEFE DE ARTE)

Juan Ignacio Fernández

(REDACTOR JEFE

DE FOTOGRAFÍA),

María del Carmen Navarro

(JEFA DE DISEÑO)

Documentación

Mauricio

Martín y Jesús Oleaga

‘Todo queda perdonado’

OLIVIA MUÑOZ-ROJAS

DOCTORA EN SOCIOLOGÍA POR LA LONDON SCHOOL OF ECONOMICS

El ejercicio repetido de la sátira –el humor inteligente– termina por humanizar cualquier creencia o ideología, incluso la más dogmática

Ha pasado poco tiempo y ya se han vertido ríos de tinta sobre el ataque del 7 de enero contra la revista ‘Charlie Hebdo’. Falta perspectiva y uno lucha por posicionarse ante los acontecimientos, abrumado por la maraña de conceptos y argumentos que circulan en medios y redes. Para quienes hemos vivido en ciudades en las que se han producido atentados terroristas –Nueva York, Madrid, Londres, y ahora París– y pudimos asistir a la marcha republicana del 11 de enero, al miedo y la confusión iniciales siguió la emoción de participar de una reacción masiva, pacífica, diversa, quizá sin precedentes, en una época de crisis y desafección política.

El primer concepto que se ha puesto sobre la mesa estos días es el de libertad de expresión. Muchos entienden el ataque contra ‘Charlie Hebdo’ como un ataque al derecho a expresarse libremente, fundamental en una democracia. Como con todo derecho, surge la pregunta de dónde está su límite. Numerosos intelectuales, especialmente en el mundo anglosajón, han apelado a la responsabilidad y la madurez en su ejercicio. Sugieren, más o menos explícitamente, que la redacción de ‘Charlie Hebdo’ ha actuado de manera irresponsable al publicar dibujos que sabían pueden herir la sensibilidad de miembros de un colectivo, el musulmán, que sufre muestras de incompreensión y rechazo en las sociedades occidentales y se encuentra, por tanto, en situación de desventaja.

Es más, explican algunos, el concepto de sátira se ha interpretado históricamente como el ejercicio de mofarse de los poderosos y apoyar a los más débiles, y no al contrario. Algunos tildan a ‘Charlie Hebdo’ de islamófoba y orientalista, la acusan de reforzar una visión maniquea del mundo entre Occidente y Oriente e incitar incluso al odio racial. Varios miembros de su redacción se han defendido de estas acusaciones y han circulado portadas y dibujos de la revista que muestran que la mordacidad laicista de ‘Charlie Hebdo’ tiene a todas las creencias e ideologías por blanco. En rigor, sólo un examen exhaustivo del contenido de sus páginas a lo largo del tiempo permitiría un debate realmente informado acerca de su línea editorial. Sin esa labor de investigación y difusión, la cual corresponde a académicos e intelectuales, pero también a los medios de comunicación, muchos continuarán juzgando al semanario satírico del mismo modo sesgado que los terroristas e interpretarán lo que estamos viviendo a partir de esa percepción limitada.

Sin embargo, arrojar luz sobre la línea editorial de ‘Charlie Hebdo’ no resolverá la cuestión acerca de cuál es el límite a la libertad de expresión y cuál el papel de la sátira. El contenido real de nuestros derechos y libertades democráticos está en constante negociación y responde a las preocupaciones y necesidades de cada sociedad y el momento histórico en el que se encuentra. En este sentido, es

importante recordar que Francia es una república laica donde el Estado debe garantizar que las organizaciones religiosas no interfieran en el poder político y administrativo y donde no se reconoce el delito de blasfemia. En todo caso, es claro que el respeto hacia el otro, la tolerancia de ideas y opiniones contrarias a la mía, son prerrequisito para cualquier negociación constructiva del contenido real y cambiante de nuestros derechos y libertades.

Tolerancia es otro de los conceptos más repetidos estos días y probablemente uno de los más difíciles de ejercer en la práctica. Ver, escuchar o leer cosas que nos disgustan, por no decir que sentimos ofenden nuestras creencias más íntimas, es un reto enorme para cualquiera. Requiere de grandes dosis de generosidad y confianza en uno mismo y el género humano. La tolerancia es algo que se interioriza a base de la exposición repetida a aquello que, en un principio, nos contraría u ofende. Cualquier sociedad de arraigada tradición católica y fuerte presencia histórica de la Iglesia, incluyendo la española, lo sabe. ¿Quién se escandalizaría hoy en España ante una caricatura de Dios, Cristo o el Espíritu Santo en una revista satírica? Muy pocos. Pero no hace tanto que semejante caricatura hubiera sido casi impensable y las consecuencias de circularla en público fatales, tanto para sus autores como lectores.

El ejercicio repetido de la sátira –el humor inteligente– termina por humanizar cualquier creencia o ideología, incluso la más dogmática. Su ejercicio es algo a lo que todas las sociedades deberían aspirar como parte del ideal democrático. Muchos periodistas y caricaturistas en otras partes del mundo que no disfrutan de la misma protección del Estado en el ejercicio de su profesión se han solidarizado con sus compañeros franceses –darían mucho por poder escribir y publicar en una sociedad como esta–. El impacto de ver que hasta en un lugar privilegiado como Francia, con una larga tradición democrática e ilustrada, un arriesga la vida por publicar unas caricaturas ha sido enorme. Ello explica también la conmoción de la ciudadanía internacional, que, para algunos, ha sido desproporcionada en relación con la que provocan atentados yihadistas en otras partes del mundo.

Tenemos la oportunidad histórica de debatir estos conceptos y transmitir a nuestros líderes políticos cómo queremos que se interpreten y apliquen en nuestras sociedades, crecientemente complejas y globalizadas, para que no se repitan tragedias como la de París. Y para evitar asimismo que se aproveche la amenaza yihadista para restringir estos mismos derechos y libertades en nombre de la seguridad nacional e internacional y se justifiquen intervenciones militares aquí y allá. El reto es grande y nos pone a prueba como ciudadanos, empezando por nuestro día a día, en nuestros encuentros e intercambios con aquellos que viven y piensan, o simplemente se visten, de manera diferente a la nuestra.

